

CONCLUSION.



Cinco años despues, por el mes de Noviembre, entraba una tarde en casa de maese Mathias en Burdeos, el conde Pablo de Manerville. El alto embozo de su capa, su cabeza inclinada, y su andar misterioso, hubieran llamado la atencion á haber sido conocido. Demasiado viejo ya para los negocios, el honrado notario habia vendido su estudio, y acababa apaciblemente sus dias retirado en una de sus casas. Un asunto urgente habia reclamado su presencia en otra parte cuando llegó su huesped, pero prevenida la vieja criada que le servia, de la visita del

conde, le condujo al cuarto de Mad. Mathias, muerta hacia ya un año. Fatigado por su rápido viaje, Pablo durmió algunas horas. Cuando volvió el viejo, entró á ver á su antiguo cliente, pero contentóse con mirarle como mira una madre á su hijo. Josette, la criada, acompañó á su amo y quedóse de pié, al lado del lecho, con las manos puestas en sus caderas.

—Hoy hace un año, Josette, que exhalaba aquí mi querida esposa su último suspiro; no creía que volvería á entrar para ver el señor conde casi muerto.

—Pobre señor, dijo Josette, gime durmiendo.

El viejo notario, solo contestó con un ¡Mil papeles! inocente juramento que anunciaba en él la desesperacion.

—En fin, se dijo, he salvado la propiedad neta de Lanstrac, de Auzac, de Saint-Froult, y su hotel. Mathias contó con los dedos y exclamó.

—Hace cinco años, en este mes precisamente, su vieja tia ya difunta, la respetable señora de Malincourt, pedia para él la mano de aquel pe-

queño cocodrilo disfrazado de muger, que como me temia, le ha arruinado.

Despues de haber contemplado largo tiempo al jóven, el gotoso Mathias, apoyado en su baston, fué á dar un pequeño paseo por el jardin. A las nueve estaba dispuesta la cena y Mathias llamó á su huesped. No fué pequeño el asombro del notario cuando vió la despejada frente y el sereno rostro del conde. Si á los treinta y tres años aparentaba Pablo cuarenta, aquel cambio de fisionomia era tan solo debido á la agitacion de su espíritu: su fisico era inmejorable. Fué preciso que obligase por fuerza á permanecer sentado al buen viejo, y estrechándole afectuosamente las manos, le dijo:

—¡Buen Mathias! tambien vos habeis sufrido.

—Sí, señor conde, pero mis dolores han sido naturales, necesarios, mientras que los vuestros....

—Ya hablaremos de mí, cenando.

—Si no tuviese un hijo magistrado y una hija casada, exclamó el viejo, creed, señor conde, que hubierais encontrado en casa de Mathias

algo mas que hospitalidad. ¿Cómo os atreveis á venir á Burdeos en los dias en que aparecen en todas las esquinas los anuncios del embargo de vuestras granjas de Guasol, de Guadet, de vuestro coto de Belle-Rose y de vuestro hotel? Es imposible que manifieste el grandísimo disgusto que experimento al ver esos grandes carteles, yo que durante cuarenta años he cuidado esos inmuebles como si fuesen míos propios: yo, que tercer escribiente de mi digno predecesor monsieur Chesneau, los compré para vuestra madre y que de mi mano de escribiente tercero estendí sobre pergamino en hermosa letra redonda, la escritura de venta; yo, que tengo los títulos de propiedad en el estudio de mi sucesor; yo que he hecho las liquidaciones, yo, que os he conocido tan alto, dijo, estendiendo la mano á dos pies del suelo. Es necesario haber sido notario durante cuarenta y un años y medio para conocer el especial dolor que me causa la vista de mi nombre impreso con todas sus letras en la sumaria de embargo. Cuando paso por la calle y veo á algunos curiosos entretendidos en leer esos horribles anuncios amarillos,

me avergüenzo como si se tratase de mi propia ruina y de mi honor. Hay imbéciles que las delectean en voz alta, á fin de llamar la atención, y haciendo los mas tantos comentarios. ¿No es cada cual dueño de su fortuna? Vuestro padre dilapidó dos fortunas antes de renacer la que os ha dejado, y no seriais vos un Manerville, si no le imitaseis. Además, los embargos de inmuebles han dado lugar á todo un título en el Código, han sido previstos y os hallais en un caso admitido por la ley. Si yo no fuese un anciano de cabellos blancos y no me hallase tan achacoso que solo necesito un ligero golpe para caer de espaldas en la tumba, rociaria á todos los que se detienen ante estas abominables líneas. *Por demanda de Mad. Natalia Evangelista, esposa de Pablo Francisco José, conde de Manerville, divorciada en cuanto á bienes por sentencia del tribunal de primera instancia del departamento del Sena, etc.*

—Si, dijo Pablo, y ahora divorciada de cuerpo.

—¡Oh! suspiró el viejo.

—¡Ah! contra la voluntad de Natalia, con-

testó vivamente el conde; ha sido preciso engañarla; ignora mi partida.

—¿Os marchais?

—Tengo pagado mi pasaje á bordo de la *Belle-Amalie*, y voy á Calcuta.

—¡Dentro de dos dias! Es decir que no nos veremos mas, señor conde.

—No teneis mas que setenta y tres años, mi buen Mathias, y padeceis gota, un verdadero diploma de vejez. Cuando esté de vuelta, aun os encontraré sobre vuestros pies. Vuestra cabeza y vuestro corazón seguirán sanos y me ayudareis á reconstruir mi derruido edificio. Quiero ganarme una fortuna en siete años, y cuando vuelva no tendré mas que cuarenta. Todo es posible á esta edad.

—¿Vos? exclamó Mathias con un gesto de sorpresa, ¡vos comerciante, señor conde! ¿Lo habeis pensado bien?

—Ya no soy conde, querido Mathias; á bordo me conocen por Camilo, uno de los nombres de pila de mi madre. Tengo por otra parte relaciones que me ayudarán en mis planes, mi último recurso será el comercio. Cuento además

con una suma bastante considerable para atreverme á tentar fortuna en grande escala.

—¿En dónde está esa suma?

—Un amigo me la debe enviar.

El viejo dejó caer el tenedor al oír la palabra *amigo*; su aspecto fué claro intérprete del dolor que sentia al ver á Pablo bajo la influencia de una ilusion engañadora: su mirada veía un abismo donde Pablo creia distinguir un terreno sólido.

—He ejercido el notariado mas de cuarenta años, y jamás he visto á nadie prestar á un arruinado por amigo que haya sido.

—Porque no conoceis á Marsay, decís eso: estoy seguro de que á estas horas ha vendido ya rentas si ha sido preciso, y mañana recibireis una letra de cambio de cincuenta mil escudos.

—Bien lo deseo. ¿No podria ese amigo arreglar vuestros asuntos? Podiais evitaros el viaje viviendo tranquilamente en Lanstrac con las rentas de la condesa, por espacio de seis ó siete años.

—¿Hubiera pagado una delegacion el millon

quinientos mil francos que debo, en los que entra mi muger por quinientos cincuenta mil?

—¿Cómo habeis podido contraer en cuatro años un millon cuatrocientas cincuenta mil libras de deudas?

—Muy sencillamente, Mathias. ¿No dejé á mi esposa los diamantes? No gasté los ciento cincuenta mil francos que se me entregaron del importe de la venta del hotel Evangelista, en amueblar mi casa de Paris? No fué preciso pagar aquí los gastos de nuestras adquisiciones y los que originó nuestro contrato de matrimonio? Pude prescindir de vender las cuarenta mil libras de renta de Natalia, para pagar las posesiones de Auzac y Saint-Froult? Vendí á ochenta y siete, creándome por consiguiente una deuda de unos doscientos mil francos en los primeros meses de mi enlace. Nos quedaron sesenta y siete mil libras de renta y hemos gastado constantemente doscientas mil. Añadid á estos novecientos mil francos que resultan, algunos intereses usurarios, y fácilmente tendreis el millon.

—¡Cáspita! dijo el notario. ¿Y qué mas?

—¡Oh! quise completar á mi esposa el aderezo que comenzó con el collar de perlas abrochado por el *Discreto*, un diamante de familia, y con los pendientes de su madre, y la compré una corona de espigas. Ya tenemos un millon cien mil francos. Debo además á mi muger trescientas cincuenta y seis mil libras, residuo de su dote una vez descontada la parte inalienable.

—Pero si vuestra esposa hubiese empeñado sus diamantes y vos vuestras rentas, exclamó Mathias, hubierais reunido trescientos mil francos con que entretener á vuestros acreedores.

—Cuando un hombre cae, Mathias, cuando sus propiedades están gravadas con hipotecas, cuando su muger se adelanta por su dote á sus acreedores, cuando ese hombre se vé amenazado por cien mil francos en letras de cambio, que confio serán satisfechas gracias al elevado importe de mis bienes, nada es posible. ¿Y los gastos de espropiaçion?

—Eso es espantoso, murmuró el notario.

—Afortunadamente, los embargos han sido convertidos en ventas voluntarias á fin de cortar el fuego.

—¡Vender Belle-Rose con la cosecha de 1825 en las bodegas!

—No hay otro remedio.

—Belle-Rose vale seiscientos mil francos.

—He aconsejado á Natalia que lo vuelva á comprar.

—Diez y seis mil francos de renta por término medio, sin contar las eventualidades como la de 1825. Haré subir yo mismo el importe de Belle-Rose á setecientos mil francos, y el de las granjas á ciento veinte mil cada una.

—Tanto mejor; y si puede venderse mi hotel de Burdeos por doscientas mil libras, cubriré por completo mis créditos.

—Solonet dará por él algo mas; le tiene ganas. Se retira con ciento y pico de miles de renta ganados al juego. Ha vendido su estudio en trescientos mil francos, y se casa con una mulata muy rica: Dios sabe cómo habrá enriquecido esta señora, pero segun dicen, es millonaria. ¡Un notario jugar! Casarse un notario con una mulata! Qué siglo! Se murmura que manejaba los fondos de vuestra suegra.

—Muy bien me ha pagado esa señora su

estancia en Lanstrac. Lo ha embellecido y cuidado admirablemente.

—No la hubiera creído nunca capaz de semejante conducta.

—Es tan buena y nos quiere tanto, que pagaba las deudas de Natalia cuando venia á Paris á pasar la temporada de invierno.

—Bien lo podia hacer viviendo en Lanstrac, ¿pero ser ella económica? qué milagro! Acaba de comprar entre Lanstrac y Grassol el dominio de Grainronge, de manera, que si continúa comprando por las cercanías de Lanstrac, podreis andar legua y media sin salir de vuestras posesiones. Ha pagado al contado cien mil francos por Grainronge, que produce unos mil escudos de renta limpia.

—Y continúa tan bella como antes, dijo Pablo, la vida del campo la sienta muy bien; iria á despedirme de ella, pero no quiero; se dejaria cortar una mano por mí.

—En vano haríais el viaje, ahora se encuentra en Paris. Quizás llegase en el mismo momento que vos partíais.

—Sin duda, llegó á su noticia la venta de

mis fincas, y vendría en mi ayuda. No puedo quejarme de mi suerte. Soy amado tanto, como un hombre puede serlo en este mundo, amado por dos mugeres que luchaban en sus demostraciones de cariño hácia mí; celosas la una de la otra, la hija se quejaba del excesivo amor de su madre hácia el yerno, y la madre la echaba en cara sus locos gastos. Esta afección me ha perdido. ¡Cómo no satisfacer los menores caprichos de una muger amada! Cómo procurarse un medio para evitarlos? Y también ¿cómo aceptar estos sacrificios? Bien es verdad que hubiéramos podido liquidar nuestra fortuna y venir á vivir á Lanstrac, pero prefiero mil veces ir á la India á reconstituir mi fortuna, á arrancar á Natalia de una vida en que tantos goces encuentra. Yo soy quien he propuesto la separación de bienes. Las mugeres son ángeles que no deben entenderse con los viles intereses de la vida.

El viejo Mathias escuchaba á Pablo entredudoso y asombrado.

—¿No teneis hijos? preguntó.

—Por fortuna, contestó Pablo.

—Yo no comprendo así el matrimonio, respondió con candidéz el notario. Segun yo, la muger debe participar de la suerte buena ó mala de su marido. He oido decir que, queriéndose como dos amantes dos jóvenes recién-casados, no se tienen hijos. ¿Acaso es el placer el único fin del matrimonio? No es mas bien el bienestar de la familia? La naturaleza de vuestro contrato y vuestro nombre os obligaba en primer término á procuraros un robusto hijo. Sí, señor conde, y si solo hubieseis tenido hijas, hubiera sido preciso no deteneros hasta lograr un varon que consolidase vuestro mayorazgo. ¿No era fuerte Mdlle. Evangelista? Tenia algo que temer de la maternidad? Podeis decirme que esto es una vieja costumbre de nuestros antepasados, pero, señor conde, en las familias nobles, una esposa legítima debe tener hijos y educarles bien; y como decia la duquesa de Sully, la muger del gran Sully, la esposa no es un instrumento de placer, sino la virtud y el honor de una casa.

—No conoceis á las mugeres, mi buen Mathias, dijo Pablo. Para ser feliz es menester

amarlas como ellas quieren ser amadas. ¿No hay algo de brutal en privar á la muger de todos sus privilegios y en destruir su belleza sin haber gozado antes de ella?

—Si hubiérais tenido hijos, la madre hubiera impedido las disipaciones de la esposa.

—No quiero que tengais razon, amigo mio, dijo Pablo frunciendo el entrecejo, aun seria mas desgraciado. No agraveis mis dolores con vuestra moral; dejadme partir con mis ilusiones.

El dia siguiente, Mathias recibió enviada por Marsay, una letra de ciento cincuenta mil libras, pagadera á la vista.

—Ya veis, dijo Pablo, no dice una palabra, empieza por obligarme. Enrique es la naturaleza mas perfectamente imperfecta y mas ilegalmente bella que conozco. Si supierais con qué superioridad, ese hombre jóven aun, analiza los sentimientos, los intereses y lo gran político que es, os asombraríais como yo de ver en él tan gran corazon.

Mathias trató de combatir la determinacion de Pablo, pero era tan irrevocable y justa por

mil razones que aducia, que el viejo no procuró retener á su cliente. Es muy raro que los buques de carga verifiquen sus salidas con exactitud, pero por una circunstancia fatal á Pablo, era favorable el viento y la Belle-Amalie debia hacerse á la vela el dia siguiente. En el momento de partida de un buque pululan en el puerto parientes ó amigos de los viajeros, é infinidad de curiosos. Entre las personas que allí se encontraban, algunos conocian personalmente á Manerville. Su desastre le hacia en aquel momento tan célebre como en años atrás hiciérale su fortuna, así es que hubo un movimiento de curiosidad. Cada cual emitia su parecer. Los sufrimientos del viejo Mathias que habia acompañado á Pablo hasta el puerto, debieron ser vivísimos al escuchar aquellos groseros y envenenados juicios.

—¡Quién reconoceria en ese hombre que veis ahí al lado del viejo Mathias, á aquel elegante llamado la *fleur des pois* y que tanto furor hizo hace cinco años en Burdeos!

—¡Cómo! ¿ese hombrecillo del redingot es el conde de Manerville? parece un cochero.

—Pues es él, amiga mía; el que se casó con Mdle. Evangelista. Ahí le tienes, arruinado, sin un céntimo y marchándose á las Indias en busca de una fortuna.

—¿Mas cómo se ha arruinado siendo tan rico?

—Paris, las mugeres, la Bolsa, el lujo.....

—Además, decia otro, que Manerville es un pobre señor sin talento, mas blando que el papel marcado, que se ha dejado trasquilar á ojos vistos, incapaz de oponer la menor resistencia. Nació arruinado.

Pablo estrechó las manos del viejo y se refugió á bordo. Mathias aun se quedó en el muelle mirando á su antiguo cliente, el que desafiando la multitud con una mirada de desprecio, apoyóse sobre el filarste del buque. En el momento mismo en que los marineros levaban anclas, Pablo creyó distinguir á Mathias haciéndole señales con el pañuelo. La vieja criada se habia reunido á su amo y este parecia que desde la llegada de Josette daba evidentes signos de impaciencia. Pablo rogó al capitán que esperase un momento y que tuviese la bondad de enviar una lancha, á fin de averi-

guar lo que tanto impacientaba al buen Mathias, el cual continuaba con sus señales manifestando que queria hablar con él. No bajando Pablo á tierra y demasiado impotente Mathias para ir á bordo, contentóse con entregar dos cartas á uno de los dos marineros que tripulaban la lancha.

—Este paquete, decia el viejo notario enseñando al marinero una de las cartas que le daba, lo ves bien, no se te olvide; este paquete acaba de ser traído de Paris en treinta y cinco horas. Comunica esta circunstancia al señor conde, que muy bien podia cambiar de resolución.

—¿Y será preciso desembarcarlo? preguntó el marinero.

—Sí, amigo mio; contestó imprudentemente el notario.

El marinero es generalmente en todos los paises un ser especial que profesa casi siempre un profundo desprecio á los habitantes de tierra firme. Ni los comprende ni se los explica, son su continua burla y les roba si puede sin creer faltar á las leyes de la honradez. El que se

entendió con Mathias era un breton que solo vió una cosa en las recomendaciones del viejo notario.

—¡Ya! decía mientras bogaba, desembarcarle! hacerle perder un pasaje al capitán! Estos lobos de tierra creen que uno no debe hacer otra cosa que embarcar y desembarcar. ¡Tendrá miedo de que se constipe con el aire de alta mar!

El marinero, pues, entregó las cartas á Pablo sin decirle una palabra. Al reconocer la letra de su muger y la de Marsay presumió lo que podían decirle en aquellas dos cartas, y no queriendo que las ofertas que podía inspirarles su afecto ejerciesen alguna influencia sobre él, las guardó en su bolsillo, con aparente indiferencia.

—Tonterías todo lo que dicen, murmuraba el breton al oído de su capitán; si fueran tan importantes esas cartas como decía aquel viejo cachalote, no las hubiera arrojado tan pronto el señor conde por las escotillas.

Absorbido por los tristes pensamientos que aun á los hombres mas fuertes sobrecojen en

circunstancias semejantes, Pablo se abandonó á la melancolía despues de saludar á su viejo amigo, de decir adios á Francia y de mirar por última vez los edificios de Burdeos, que desaparecian con rapidéz. Sentóse sobre un rollo de cuerda, y la noche le sorprendió allí, perdido en el mar de su pensamiento. La media luz del crepúsculo trájole á la mente la duda; examinaba lo porvenir su inquieta mirada, probaba á sondearle y veía tan solo peligros é incertidumbres. Sentía vagos temores al suponer á Natalia libre, entregada á sus caprichos y arrepintiéndose de su resolucion echaba de menos á Paris y su vida pasada. Entróle el mareo, esa horrible enfermedad sin peligro que aniquila completamente la voluntad. Un trastorno inesplicable debilita los centros de la vida, el alma no ejerce sus funciones y todo le es indiferente al enfermo: la madre olvida al hijo, el amante no piensa en su amada, y el hombre mas enérgico y fuerte queda convertido en un cuerpo sin voluntad y sin fuerzas. Pablo fué trasladado á su camarote, donde permaneció tres dias en continuos sufrimientos:

despues volvió poco á poco á su estado ordinario. La mañana en que encontrándose algo aliviado se sintió con fuerzas bastantes para subir al castillo de Popa á respirar la brisa del mar, tropezó con las cartas al registrarse los bolsillos; ¡cuatro dias que las guardaba allí sin leerlas! Abriólas, y empezó la lectura con la de su esposa, pero para enterarnos de su contenido, y mejor inteligencia, conviene que traslademos antes la que Pablo escribió á la condesa al abandonar á Paris.

Carta de Pablo de Manerville á su esposa.

«Natalia querida: Cuando leas esta carta ya estaré lejos de tí; quizás á bordo del buque que me lleve á la India á rehacer mi abatida fortuna. No me he sentido con fuerzas bastantes para anunciarte mi partida; te he engañado, pero era necesario. Inútilmente te hubieras afligido; no hubieras vacilado en sacrificar tu fortuna. No sientas este remordimiento, mi Natalia, que así no pesa un dolor mas sobre mi corazon. Cuando yo regrese millonario, como tu padre, imitaré su proceder para con tu madre, depositaré toda mi fortuna á tus